

Presentación

En esta edición número cinco de la revista *Noroeste de México*, nueva época, ofrecemos a ustedes seis textos que nos dan cuenta de la diversidad antropológica de esta región y sus áreas vecinas. Agradecemos las contribuciones de colegas investigadores de otras instituciones que nos ofrecen un panorama muy variado de esta vasta región, con reflexiones que comprenden desde la época prehispánica hasta nuestros días. Los artículos que compilamos presentan resultados de investigaciones de corte lingüístico antropológico e histórico; desde las aproximaciones sobre la importancia del agua entre las comunidades *yoeme* yaquis, hasta las complicaciones para identificar y definir a las poblaciones y las lenguas que se hablaron en el noreste de nuestro país a través de vocabularios, pasando por la caracterización histórica antropológica sobre los nombres propios en la cultura seri, las relaciones entre prácticas discursivas y prácticas sociales, las danzas de matachines yaquis y la diversidad poblacional de la Antigua California. Un séptimo artículo, dentro de la sección de Miscelánea, se refiere a la gráfica rupestre asociada con el sitio Cerro Juanaqueña en el noroeste de Chihuahua.

En el artículo “Del río que suena (Jiak batwe) al río muerto. Los estudios sobre el agua entre los yaquis”, contribución de Gustavo Alfredo García Gutiérrez y José Luis Moctezuma Zamarrón del Centro INAH Sonora, se destaca la relación que este pueblo originario ha tenido con el agua, desde su vinculación directa con el río del mismo nombre y la capacidad que ofreció a la población prehispánica para la obtención de un número significativo de cosechas anuales, la importancia que se le asignó en la época colonial por el enorme potencial agrícola que posibilitó la producción de excedentes para mantener el sistema misional más allá del territorio sonorenses, hasta los enfrentamientos violentos por el control de este caudal durante el siglo XIX y la primera década del XX.

En este texto se nos reafirma que, para el pueblo yaqui, la lucha por la tierra ha sido una de las más fuertes reivindicaciones, como lo han mostrado los numerosos estudios de corte antropológico,

donde destaca la obra del norteamericano Edward Spicer, quien además de señalar la relación intrínseca entre territorio y aguas del río a partir del concepto del “mundo del monte”, muestra los cambios más trascendentales ocurridos después de la época cardenista (1930-1970). Los autores proponen y desarrollan cuatro grupos de trabajo sobre este tema: 1) los que dan cuenta del interés económico sobre el río por actores ajenos a la etnia, 2) los que subsumen el binomio territorio-río, 3) aquellos en donde el agua asume un papel protagónico y 4) los estudios más recientes sobre el conflicto y rechazo a las formas actuales de control tecnológico del agua. García y Moctezuma aseveran en su texto lo indispensable que es el abordar estas problemáticas desde la perspectiva cultural de los propios yaquis, para lo cual es insoslayable tener en cuenta la existencia de un sistema ritual complejo que le ha dado sustento a su cultura a través de los siglos y que, como bien anotan, “en tiempos de defensa del agua es uno de los factores más importantes para el sostén de su identidad”.

Dentro de la diversidad lingüística del noroeste, siempre ha destacado el idioma hablado por las comunidades del desierto y costa del Golfo de California, de manera especial porque es el único que se excluye dentro de las lenguas de la familia yutoazteca de los demás pueblos nativos de Sonora. Stephen A. Marlett, del Instituto Lingüístico de Verano, nos ofrece un texto que se ubica en una intersección entre la lingüística, la antropología y la historia, titulado “De los nombres propios en la cultura seri”.

Llama la atención el autor sobre la falta de estudios lingüísticos alrededor de este tema, ya que, a pesar de existir una diferencia notoria entre nombres comunes y nombres propios, son pocas las reflexiones que se hacen sobre estas dos categorías destacando que, aunque la mayoría de los ejemplos que desarrolla en este artículo se asocian al idioma seri, bien pueden aplicarse algunas de sus reflexiones a otros idiomas diferentes. Su objetivo es conectar los nombres propios con la experiencia humana.

Marlett describe que en el diario de Juan Bautista de Escalante de 1700 se consignan varios nombres propios, entre otros, Quipati, Fachicumin, Astcuimel, pero para mediados del siglo XIX, se enfatiza el uso de nombres como José y María, con apellidos Perales y Morales. Este proceso histórico lo refiere al contacto de seris con los rancheros que habían acaparado tierras de la costa hermosillense durante el siglo XIX, quienes les asignaban nombres al vuelo tanto a adultos como a bebés, resultando que una misma persona podía llegar a tener un nombre diferente en cada rancho, lo que muy claramente señala el autor como el resul-

tado “del contacto entre dos culturas, una con influencia y poder y la otra en situación de subordinación”.

Varios párrafos se dedican también a la explicación de los apodos, tan frecuentes entre este grupo, algunos en evidente alusión a algún rasgo de la persona, otros jocosos o de balbuceo infantil; otros más, para nombrar a las personas fallecidas después de un tiempo. Encontramos de igual manera algunas reflexiones sobre el origen de los nombres de los perros y los gentilicios. Muy interesante resulta conocer que lo propio en singular es *cmiique* y no *comcaac*, así como que los nombres de las bandas seris (tepcas, salineros, upanguaymas, etc.) son un invento de la segunda mitad del siglo XIX. La existencia de más de 600 topónimos o la identificación de estrellas y constelaciones con nombres semejantes a otros grupos lingüísticos, más los nombres de personajes legendarios, plantas, fechas y eventos, hacen de este texto un referente necesario para todos los interesados en las comunidades de pescadores, recolectores y cazadores de la Costa Central del desierto sonoreense.

El tercer artículo que publicamos es el que lleva por título “¿Para qué han servido las descripciones etnográficas del noroeste mexicano y qué relación tienen con la toma de decisiones?” Este artículo es de la autoría de Ángel Valdez Martínez de la Escuela Nacional de Antropología e Historia y es una reflexión filosófica sobre la toma de decisiones con base en el conocimiento de la naturaleza y la cultura que sean, en cierto sentido útil para la vida cotidiana, donde se sospecha de las certidumbres de cuantificación, de las categorías analíticas y de los modelos de comprensión.

Sobre el análisis de las descripciones de Font en 1611, Lumholtz en 1894 y Bennet y Zing en 1935 sobre el modo de vida rarámuris, “los otros” para quienes hicieron las descripciones etnográficas, como fuente primaria de la cual derivan las investigaciones más recientes, el autor propone que evidencian tres tipos de intenciones: la primera fundamentada en el avance del modelo colonial hacia el septentrión novohispano, la segunda con la finalidad de sustentar el modelo de evolucionismo antropológico, y la tercera, respaldada en una simplificación que pretende mostrar la coherencia interna del grupo rarámuri.

Mediante el análisis de los tres tipos de intenciones en las descripciones etnográficas de las rancherías tarahumares, el autor señala que el misionero jesuita deja constancia de varios elementos que inciden en lo “razonable”, lo poblado de la sierra, el número de personas que la habitan y el esfuerzo que implica su conversión, produciendo prácticas sociales mediante

modos discursivos que sirven para crear cierto tipo de alteridad, justificar la estructura administrativa y persuadir a las autoridades de lo redituable de la actividad de los misioneros.

En el análisis de la obra de Lumholtz sobre la Sierra Madre Occidental, Valdez destaca la intención del viajero por probar la vigencia del esquema evolucionista, tan en boga entre los científicos mexicanos decimonónicos, aseverando que el propósito que persiguió el noruego con sus descripciones era con el fin de conseguir mayor financiamiento para proseguir con sus investigaciones. En el análisis del autor de este artículo, Lumholtz tenía un marcado interés por destacar la capacidad de resistencia tarahumari.

El tercer enfoque, postulado por Bennett y Zingg sobre los tarahumaras, es en muchos sentidos la ampliación de la experiencia de explorador noruego, en términos más de simplicidad-complejidad, reflejando la orientación de la antropología norteamericana de las primeras décadas del siglo XX.

Dos preguntas cierran este artículo ¿para qué se hace etnografía? y ¿qué sentido tienen las descripciones etnográficas en la actualidad? El autor apuesta al sí tienen, ya que redactar y leer descripciones etnográficas sirve para mediar nuestros marcos de significado, conocer otra forma de resolver el fenómeno humano, concluyendo que entre más contacto con otras experiencias culturales tengamos, ampliaremos el repertorio de alternativas para idear otras formas de vivir nuestras relaciones en el sentido más amplio.

Una propuesta de análisis de la danza de los matachines es un artículo póstumo de Raquel Padilla Ramos, que con el título “Matachini, la milicia de la Virgen entre los yaquis”, se presenta en este número de *Noroeste de México*. La autora destaca la similitud de estos danzantes en su organización con una milicia, las pocas referencias a la misma en las crónicas misionales y la diferencia que existe con el origen jocosos de su interpretación y parafernalia en las danzas europeas de nombre similar.

Con base en fuentes documentales y bibliográficas, más trabajo de campo a nivel regional, Padilla hace un recuento de las danzas más conocidas de este grupo, la del venado, pascolas, la del coyote, la danza de los chapayekas y la de los matachines, mencionando otras menos conocidas como las del *tambulero* y el *alpes* (alférez), que tienen la función de demarcar los puntos cardinales para sacralizar un espacio. Destaca que en todas las danzas yaquis la relación con el mundo del monte es fundamental y está plasmada en la presencia de la flor como un elemento de pureza y belleza, como un elemento dual que identifica tanto lo femenino

como lo masculino y que puede ser usada por ambos géneros. Anota que todas las danzas son ejecutadas en conjunto con excepción de la del venado, describiendo con detalle su indumentaria e instrumentos musicales asociados; lo mismo encontramos sobre pascolas, coyote y chapayekas o fariseos.

Sobre la danza de matachines yaqui, propone entenderla como una combinación de milicia y religión, señalando que, aunque aparentemente su interpretación no requiere indumentaria particular, para algunas solemnidades toda su vestimenta es blanca. La ágil pluma de Padilla describe con detalle la indumentaria que acompaña a los matachines, a saber la *sewa* o corona y el *buli* o sonaja, así como la palma que remite a la espada de antaño, destacando que los colores azul y rojo utilizados, identifican la salida y el ocaso del sol. La importancia de esta danza en la celebración de la festividad de la Virgen del Camino y en las ceremonias fúnebres, así como un recorrido por otras interpretaciones de matachines en diversas latitudes, su coreografía, los sones que la acompañan y las ocasiones en las que se interpretan, así como su carácter de cofradía militar y experiencias personales de sus informantes yaquis, enriquecen este escrito de tan destacada investigadora, cuya ausencia aún seguimos lamentando. Nos ha parecido oportuna su publicación, apegada prácticamente a su original, recibiendo sólo correcciones de estilo y agregando referencias faltantes.

“Diversidad poblacional y oficios en las misiones jesuitas de la Antigua California (1697-1768): una primera aproximación” es el artículo de Leonardo B. Varela Cabral, becario posdoctoral de la FES-Acatlán, recibido para su publicación en nuestra revista. Como su título lo indica, es un análisis de fuentes coloniales que nos remonta a la diversidad de habitantes de las misiones de la Antigua California.

Como el autor señala, desde las cartas del jesuita Salvatierra escritas poco después de la fundación de la misión de Nuestra Señora de Loreto en 1697, se destaca la enorme diversidad poblacional, que no sólo se circunscribía a españoles, europeos e indígenas nativos de las Californias, sino también a mulatos, filipinos, yaquis y otros indígenas de la contracosta. La variedad de oficios y actividades económicas que desempeñaban eran igualmente variadas: agricultores, constructores de edificios, fabricantes y reparadores de embarcaciones, pescadores de perlas y soldados, cuya influencia sobre las poblaciones nativas era percibida como poco favorable por los padres ignacianos, especialmente porque el proceder del personal militar ocasionaba bastantes conflictos, desde la aniquilación de la población nativa

hasta el consumo de alcohol, la monetarización de las relaciones, prostitución y conductas poco sumisas. Lo mismo ocurría en las misiones de las provincias costeras de la Nueva Galicia, donde también, soldados y forasteros constituían un mal necesario para el establecimiento del modelo misional.

El análisis de las cartas de Salvatierra le permite al autor entrever las estrategias que aplicó el jesuita en la conformación del equipo que lo acompañaría en su viaje a Loreto, integrado por indígenas yaquis y de otros grupos indígenas sonorenses, personal fiel al proceso de adoctrinamiento misional. Las láminas del padre Ignac Tirš sobre las misiones de Santiago y San José del Cabo del periodo previo a la expulsión, permiten recrear la vida cotidiana en el entorno misional, con la presencia de niñas, jóvenes, mujeres, esclavos, soldados, posiblemente vaqueros. La presencia de yaquis destacó entre toda la población externa a la península, como aliados del régimen misional, como fuertes trabajadores y en algunas ocasiones también como fuerza de choque ante las rebeliones de indígenas californios; sin embargo, la convivencia cotidiana llegó a fomentar una composición étnica diversa, ampliada por la presencia de filipinos y de los mulatos que desertaban de las embarcaciones que se acercaban a las costas californias, que señala el autor, eran los que más despreciaban y preocupaban a los ignacianos.

Abundantes citas de los textos de los padres de la Compañía acompañan este texto, concluyendo que las interacciones entre nativos y misioneros fue bastante más compleja por la diversidad de población existente en o en las inmediaciones de las misiones peninsulares, faltando aún el análisis de libros de bautismo, casamientos y defunciones para realmente tener una visión más completa y dinámica de lo ocurrido en la Antigua California.

El texto "Voces de otros tiempos. Lenguas originarias del noreste de México" de Moises Valadez Moreno, del Centro INAH Nuevo León, ofrece un análisis sobre los diversos grupos indígenas del noreste del septentrión novohispano, desde una aproximación a la identificación de lenguas y poblaciones que habitaron los estados de Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas y el sur de Texas con base en las crónicas, confesionarios, diarios y derroteros de los misioneros, cronistas, visitantes y militares de los siglos tempranos de la conquista europea, quienes tuvieron una enorme dificultad por describirlos por el modo de subsistencia de apropiación directa de los recursos naturales y la alta movilidad de tales grupos.

Un mapa nos muestra la ubicación de nueve lenguas y grupos identificados en los documentos virreinales, ubicación que

ha enfrentado bastantes críticas por la ausencia de estos grupos desde el siglo XIX, a más de la escasa investigación arqueológica de esa vasta región del país.

Sin embargo, algunos indicadores arqueológicos artefactuales permiten postular al autor la existencia de un pasado compartido en todo el norte de México en esa etapa tan temprana que denomina “la apropiación de los territorios”. Algunos de estos indicadores son las puntas de proyectil ovoidales y lanceoladas, así como los gasterópodos *Marginella* del Golfo de México, que fueron transportados más de 600 kilómetros por los grupos humanos desde las costas de Tamaulipas hasta el área de Mapimí. Un indicador más de este pasado compartido lo representa el estilo de gráfica rupestre conocido como *Chiquihuitillos* que desde unos 5000 años antes del presente y hasta el primer siglo de nuestra era, caracterizó los estados antes mencionados. Un cuarto elemento compartido lo representan los “mitotes”, cuya parafernalia e ingesta de sustancias que permitían el paso del paisaje profano al ritual y sagrado, fueron practicados por todos los grupos, de lo cual dan cuenta los textos novohispanos.

Una interesante tabla acompaña este artículo. Representa una adecuación de las listas de Swanton, que agrupan las palabras por el modo de vida, creencias, cosmogonía y características físicas de las hoy desaparecidas sociedades indígenas del noreste, con base en los vocabularios del coahuilteco, solano, come-crudo, cotoname y maratino. Encontramos así palabras sobre el entorno natural, las actividades económicas, el atuendo y arreglo personal, la anatomía humana, paisaje, verbos, sustantivos y numerales, entre otras.

Un séptimo artículo corresponde a la sección Miscelánea y es de temática netamente arqueológica. “Los petrograbados de cerro Juanaqueña, Chihuahua. Una discusión en torno a su diversidad iconográfica” es el texto de Alan M. Muñoz, investigador del Centro INAH Baja California que ofrecemos en este número de la revista *Noroeste de México*. Como el título lo señala, trata sobre la gráfica rupestre de ese cerro de trincheras chihuahuense, ampliamente trabajado por los norteamericanos Robert H. Hard y John Roney, característico del periodo de Agricultura Temprana cuya gráfica rupestre no había sido descrita en detalle.

En este texto encontramos, a más de las generalidades del sitio, la descripción de los 67 grafismos registrados que se ubican en las terrazas superiores y en la cima de la elevación montañosa, aunque hay algunos dispersos en la porción sur. La mayoría son representaciones de figuras antropomorfas con máscaras, jinetes, cruces y números de fechas de inicios de 1900; sin embargo, para

el autor se encuentran representaciones más vinculadas con el estilo Jornada Mogollón, con máscaras de kachinas y diseños de tipo cartucho similares a los diseños de cuadros de estilo Paquimé, por lo que concluye que, sin descartar que algunos diseños estén relacionados con la ocupación temprana del sitio, los más representativos darían cuenta de ocupaciones posteriores, siendo este un acercamiento preliminar al tema.

Se acompaña este número de la revista *Noroeste de México*, nueva época, de un dossier fotográfico de la autoría de Yorubyth Nereyda Ruiz Sierra, Yoru. Arqueóloga de profesión, en su desarrollo académico ha participado en proyectos de investigación binacionales y en diversos salvamentos. Su mirada sensible del paisaje sonorenses queda plasmada en las imágenes que comparte con nosotros, el valle de Altar, El Pinacate, la costa sonorenses, Trincheras, Puerto Libertad. Los nombres de las fotografías nos hablan de la vena artística de una muy buena arqueóloga.

Dos reseñas bibliográficas complementan la revista, ambas sobre la obra coordinada por José Luis Moctezuma Zamarrón y Esperanza Donjuan Espinoza, titulada *Temas de Historia y Antropología del Noroeste de México en Homenaje a Raquel Padilla Ramos*, publicada por El Colegio de San Luis en su Colección Investigaciones, en coedición con el INAH, en el año 2023.

Edna Lucía García Rivera del Departamento de Historia y Antropología de la Universidad de Sonora, aborda la primera parte de los ensayos que comprende esta obra, estudios de corte antropológico acerca de distintos sucesos, problemáticas actuales, nuevos protagonistas y saberes en torno al pueblo *yoeme*, varios de ellos escritos en colaboración con la antropóloga e historiadora homenajeada en esta obra.

El primer ensayo es un trabajo inédito de la homenajeada donde analiza la historia yaqui desde la perspectiva de la deportación, abordando los sucesos del exterminio y genocidio. El segundo ensayo versa sobre la colección de objetos y fotografías existentes en el Museo de las Culturas del Mundo en Suecia; una tercera aportación muy significativa es sobre el papel de las mujeres en la cultura yaqui, sus funciones y sobre todo sobre su estatus como defensoras de la etnia y cultura de su pueblo. Los orígenes y sentido del vestido tradicional yaqui es el tema del ensayo presentado por uno de los coordinadores de la obra y la homenajeada. Un siguiente trabajo alude al periodo cardenista y la restitución de tierras que dieron origen a los asentamientos Loma de Guamúchil y Loma de Bácum. Un último ensayo de la primera parte de la obra ha sido escrito en coautoría con Padilla y

versa sobre los saberes de las mujeres indígenas desde la Sonora colonial hasta el siglo XXI.

La segunda parte de la obra es reseñada por el investigador de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, Edgar Omar Gutiérrez López, bajo el título “El ADN de una historiadora y antropóloga comprometida”, sobre la obra Gutiérrez describe siete de los catorce ensayos que comprenden la obra, los de carácter histórico, los que están estrechamente ligados con los intereses de la homenajeadada en esta obra, a saber, el registro del patrimonio mueble de las iglesias sonorenses, la sublevación y protesta multiétnica de 1739-1741, el papel del líder yaqui Juan Banderas, la historia del convulso siglo XIX, la correspondencia de Tetabiate con el general Peinado, las notas periodísticas del periódico *Regeneración* relacionadas con yaquis y un ejercicio de historia oral, como señala Gutiérrez, que comprende entrevistas con los amigos yaquis de Raquel Padilla Ramos.

Esperamos que el contenido de este número sea del interés de lectores especialistas y no especialistas, como un pequeño acercamiento a la gran diversidad antropológica que existe en noroeste de México y sus áreas vecinas.

Cristina García Moreno
Coordinadora académica de este número
Hermosillo, Sonora, junio de 2022